

Fray Diego de Ocaña: el largo brazo de Guadalupe en Indias

Por Serafín FANJUL
Universidad Autónoma de Madrid

Introducción

EN LOS PRIMEROS TIEMPOS de la expansión conquistadora y colonial de España en Indias, el Nuevo Mundo suscita curiosidad, asombro, codicia, anhelos de utilizarlo para la propia subida en la escala social, sueños de muy difícil clasificación y —también— un intento, muchas veces logrado, de racionalizar, sistematizar y digerir para el buen gobierno cuanta información se va obteniendo a través de vías diversas. Fruto de esos intentos son las sucesivas generaciones de cronistas, los historiadores del pasado prehispánico o los naturalistas por intuición. Las fuentes para adquirir los datos igualmente son variadas: desde el testimonio personal hasta el uso de obras anteriores o el recuerdo de tradiciones orales, como puede ser el ejemplo del Inca Garcilaso. El avance del tiempo y la aparición de nuevas necesidades, correlativa a situaciones y fenómenos económicos distintos, induce a una diversificación mayor en los temas reseñados y, de consuno, a una precisión de visiones globales.

Los libros de viajes —en el ámbito americano y cualquier otro— seguramente no nacieron, en muchos casos, por intención literaria o lúdica de sus autores, sino por motivación utilitaria concreta o como diario de experiencias o nota cabal de acontecimientos que el escritor podía esgrimir en el futuro en su propio beneficio, cuando menos como argumento o autoridad moral para ver reconocidos sus trabajos. En la historiografía indiana son numerosas las obras que pueden encuadrarse en esta categoría a lo largo de más de tres siglos del periodo colonial, y sin duda una de las que presentan un relato más vívido es la de fray Diego de Ocaña, titulada, en la edición por nosotros manejada, *A través de la América del Sur*.¹ En términos generales cabe afirmar que Ocaña aúna visión de conjunto, descripciones detalladas en aquellos puntos que a su juicio las merecen, experiencias en primera persona que documentan lo narrado en tanto nos reflejan de modo directo la personalidad del autor y sus móviles, referencias históricas no siempre

¹ Madrid, Historia 16, 1987.

bien contrastadas, errores de bulto, como resultaba inevitable en la circunstancia y, sobre todo, lo más atractivo en nuestra opinión, una calidad literaria cuya lozania estriba en el hecho desembozado de que Ocaña no pretendió nunca escribir literatura. El fraile quizás se contentaba, en principio, con que sus hermanos de religión leyeran sus observaciones y valorasen adecuadamente el esfuerzo de recorrer 35 000 kilómetros entre mares remotos y tierras con frecuencia inhóspitas o meramente desiertas: las incomodidades de los viajes marinos —suena fácil decirlo en nuestro tiempo— lindaban con el horror, ya por los tres meses que tardaba un navío, dando bordos mar adentro, desde Panamá a El Callao, ya por la pura y simple carencia de letrinas competentes.

Cruzar el Atlántico en vuelo transoceánico induce a recordar a los remotos pasajeros de Indias de siglos pasados. Tampoco muchos de quienes nos rodean en el trance tendrán semejante preocupación, pero es forzoso admitir que doce o catorce horas de inmovilidad son pocas, que la insípida comida envasada, al fin, no es tan mala cosa. Evocas los barcos atestados aguardando la marea en Sanlúcar, el cohecho de los oficiales reales, antes en Sevilla, y las cubiertas en que se apilaban pertrechos, vasijas, animales, gentes amontonadas codo con codo durante meses; el bizcocho, las salazones de carne y pescado, la sed consiguiente; la ninguna intimidad, las emanaciones de la sentina, el crujido temible de las cuadernas —como el temblor del avión en las turbulencias— que recordaba la profundidad marina y la soledad de los naufragos. Repasas en la memoria, en tu vicio erudito, testimonios de la época:

Todo lo más que se come es corrompido y hediondo. Y aun con el agua es menester perder los sentidos del gusto y olfato y vista por beberla y no sentirla [] Hombres, mujeres, mozos y viejos, sucios y limpios, todos van hechos una mololoa y mazamorra, pegados unos con otros; y así junto a uno, uno regüelda, otro vomita, otro suelta los vientos, otro descarga las tripas; vos almorzáis, y no se puede decir a ninguno que usa de mala crianza, porque las ordenanzas de esta ciudad lo permiten todo.²

En tales condiciones y aunque Ocaña eluda entretenerse en el detalle menudo de las incomodidades que rocen el cuerpo humano —de no ser hambre o frío— parten de Sanlúcar el 2 de febrero de 1599 los frailes jerónimos Posada y Ocaña en la armada dirigida por F. Coloma y Juan de Urdaire rumbo a Puerto Rico. La obra abarca, pues, los

²*Cartas de E. de Salazar, apud José Luis Martínez, Pasajeros de Indias*, Madrid, Alianza, 1983. Y eso por no ponerse trágicos añadiendo tormentas o piratas.

años comprendidos entre esa fecha y la Navidad de 1605, en que se embarca en Lima camino de México. La introducción del libro recoge un útil esquema donde se resumen los hitos cronológicos más señalados de todo su dilatadísimo periplo: en octubre del mismo año ya está en Lima tras un paso raudo por Puerto Rico, Portobelo, Panamá y Paita. En el ínterin fallece su compañero, nada más poner pie en tierra peruana, y Ocaña comienza a experimentar la hostilidad de la naturaleza así como las necesidades de su escaso peculio, sobre lo cual volveremos. Al año siguiente —1600, entre el 8 de febrero y el 18 de julio— realiza una vuelta en nuestra opinión meteórica desde El Callao hasta Potosí, pasando por Coquimbo, Chiloé, el “Tucumán” de la época, Asunción, Guairá, Santiago del Estero, Tucumán, Salta y Jujuy, topándose la rebelión de los araucanos y recorriendo las pampas argentinas. Después de reponerse en Potosí durante año y medio gira viaje a Chuquisaca y luego, ya en 1603, se dirige a La Paz, Arequipa, Cuzco y Lima de nuevo, donde reside entre enero y agosto de 1604, enfermo por las secuelas de su penoso deambular, aunque todavía conserva ánimo y fuerzas para llegarse hasta Ica para posesionarse de unas mandas donadas a su orden. De su estancia en México, entre 1606 y 1608, fecha de su fallecimiento, no sabemos casi nada.

Nota lingüística

LA edición utilizada para el presente estudio adolece —si bien no en los grados de otros volúmenes de la misma colección— de bastantes erratas no imputables ni al autor de la edición ni al mismo Ocaña, dado que la ortografía está adaptada a la actual. Más bien parecen errores fruto del apresuramiento en la corrección de pruebas o lapsus difíciles de aceptar, tal la confusión varias veces repetida entre los verbos *hacer* y *echar*, *echo* por *hecho* y viceversa (por ej., en p. 83). También sería errata de transcripción, aunque achacable al autor de la edición, la grafía *Paranaguacu* por *Paranaguaçú* (p. 127) o *arrebotarse* las capas (pp. 197 y 231) por *arreboçarse*. No obstante, el conjunto es digno en ese aspecto.

En el epígrafe anterior señalábamos el valor literario de la obra y sobre él debemos volver. Evidentemente, se trata de una calidad más enraizada en la fuerza de los temas abordados, en el estilo directo y fresco de la primera persona, en el desparpajo con que fray Ocaña nos declara resquemores o anhelos, o en las acumulaciones descriptivas, que en la finura lingüística, en la riqueza del léxico o en los giros literarios. Ocaña no es un estilista, ni lo pretende, sino un fraile manchego

cuyo modo expresivo es llano y preciso aunque algunos pasajes pudieran muy bien figurar por contenido y forma en las páginas del *Quijote*, su coetáneo (por ejemplo el relato de su extravío en los Llanos peruanos yendo a dar en una casa de la que sugiere estar encantada: me pregunto si Ocaña habría leído a Cervantes, cosa a todas luces imposible porque la edición príncipe del *Quijote* data de 1605).

El texto no presenta florituras en términos generales y en ciertos casos más bien oscila en sentido contrario, pues si hallamos rasgos vulgarizantes locales (de La Mancha-Madrid, queremos decir) y de los cuales participan escritores tan indiscutibles como Cervantes o Quevedo, v.g. la presencia del laísmo, lei mo, loísmo: “a los pasajeros para traerlos lo que han menester” (p. 198), “no me hartaba de mirarle (el barretón) y de palparle y me parecía que era sueño y que no le tenía seguro” (p. 65), “decirla diosa”, (p. 82). Las imprevisiones geográficas (“la vista de Turquía y África por entre la isla de Lanzarote y Canaria”) corren parejas con los desarreglos de construcción y las repeticiones, algunas en verdad probadores de un desaliño notorio: “estos indios muy belicosos por esta ocasión que tienen de esta fortaleza de esta laguna” (p. 110). En otros casos la repetición de escenarios, actores y libreto, delata un esquema de pensamiento fijo ante estímulos descriptivos semejantes aunque atribuidos a distintos momentos y lugares y con una respuesta idéntica, incluso con las mismas palabras, por parte del autor: “cogen al alcalde los españoles de los cabellos y dánle cuatro torniscones y bofetones; y por una parte va el indio rodando y por otra la vara del rey” (p. 66), “y le da cuatro bofetadas y el alcalde va tropicando por una parte y la vara del rey por otra” (p. 126).

Armoniza con la presentación directa de los sucesos la renuncia a todo prurito cultista, quizás porque la formación del autor no daba para más y lo cual, a la postre, resulta bendición; así escasean los latines, detalle bien significativo al tratarse de un fraile, mientras los poquísimos arcaísmos morfológicos o léxicos (*ansí, vido*) no entrañan búsqueda de rarezas sino que más bien traslucen un uso popular vulgar corriente todavía en la época. Llama la atención la inclusión de algún arabismo léxico encubierto (“ojos de agua”, p. 217), poco utilizado por los actuales escritores españoles aunque sí por hispanoamericanos.

De manera paralela a los demás cronistas y viajeros de Indias, Ocaña acude al empleo de indigenismos, por necesidad más que por prestigiar o dotar al relato de un halo exótico. Es casi una obviedad enumerar las razones por las cuales los escritores españoles recurrían al vocabulario de los indios o de la jerga utilizada por los mismos conquistadores, pobladores y comerciantes en los diferentes puertos de

las Indias, resumidas todas en una sola: carencia en nuestra lengua de esas palabras por no haber preexistido la idea, la acción o el objeto, pero sí podemos resaltar que Ocaña—aun lejos de los 400 indigenismos de Fernández de Oviedo en su *Historia*,³ si bien en una obra mucho más extensa— se vale del vocabulario local, o propio del habla de los españoles de allá, con soltura y sin ningún complejo y sigue en relación con el léxico indígena los procedimientos habituales en los cronistas, caso de no haber tomado suficiente carta de naturaleza ya en castellano el vocablo afectado: descripciones, definiciones, explicaciones, coordinación de términos indígenas con otros patrimoniales o traducción.⁴ Y también ofrece la mezcolanza corriente en el uso de los cronistas: vocablos antillanos o mexicanos para designar nociones del Alto Perú, de Chile o Argentina, porque

las palabras asimiladas por los colonizadores en sus primeros contactos con las Indias se trasladaron también con ellos, en buena medida, por lo cual aparecen en las crónicas —como en las actuales hablas de Hispanoamérica— indigenismos alejados de su solar originario y referidos a culturas ajenas a las que inicialmente pertenecían. En esta difusión de indoeuropeanismos desempeñan un papel relevante las islas antillanas y de modo particular Santo Domingo.⁵

Pero, como es lógico, la lengua que mayor aportación ofrece es el quechua, tanto por ser dominante en la inmensa área recorrida por Ocaña como por su carácter, favorecido por los españoles, de idioma general en los países andinos “donde su influjo alcanza a la entonación de la frase y particularmente al léxico”.⁶

Pese a no haber realizado un despojo exhaustivo de todo el léxico indígena en la obra, si hemos entresacado la mayor parte. Veamos el resultado. El vocabulario antillano (aruaco y taíno) recogido por Ocaña comprende voces como icotea (por jicotea, p. 41), bahareque (p. 59), barbacoa (p. 60), chicha (p. 67, de origen panameño), cacique (p. 75), maní (p. 101), canoa (p. 110), caribes (p. 134), niguas (p. 142), amén de bohío, areito y macana. En cuanto a voces aimara-quechuas hemos recogido pampa (p. 140), puquío (p. 80), ichu (p. 159), totora/totoral (p. 119). Y respecto a vocablos puramente quechuas son de reseñar: tambo (p. 65), ojotas (p. 65), mitayos (p. 66), anca (p. 67), huacas

³ Tomás Buesa y José María Enguita, *Léxico del español de América: su elemento patrimonial e indígena*. Madrid, MAPFRE, 1992, p. 40

⁴ *Ibid.*, p. 43.

⁵ *Ibid.*, p. 45.

⁶ *Ibid.*, p. 93

(p. 75), chacra (p. 81), garúa (p. 82), palta (p. 100), cuines (p. 125) y cuyes (p. 141), llautos (p. 134), porongo (p. 158), guayco (p. 159), quipe (p. 205), chuño (p. 198). Por contra, desconoce llama, alpaca, guanaco, vicuña y sigue denominando a estas especies de auquénidos con las denominaciones de los primeros conquistadores: cameros de la tierra.

No relacionado con la lengua pero sí con el proceso de redacción del texto está el problema de la sucesión de lugares y las cronologías. Del mismo modo que Arturo Álvarez demuestra que la salida de Perú de fray Diego tuvo lugar a fines de 1605 y no del año anterior, podemos sospechar que el discurrir acontecimientos y poblaciones no sucedió en el orden exacto que presenta el texto, técnica muy utilizada por múltiples viajeros de todas las épocas y latitudes, quienes ateniéndose a un criterio expositivo lógico con predominio de la proximidad geográfica rehacen los itinerarios en detrimento de la verdad temporal. No se trata de que mientan, sino de que los datos ofrecidos quizás los recibieron y vivieron en otro orden y a ello apunta también el autor de la edición en sus páginas introductorias.

El elemento descriptivo

Las disquisiciones descriptivas de fray Diego son con frecuencia largas y más que tendidas, si bien no siempre responden a la observación personal; en efecto, la explosión del volcán Haynaputina en 1600 la conoce de oídas a su paso por la ciudad de Arequipa tres años después de acaecer el fenómeno, pero la detallaminuciosamente y con el dramatismo que el caso requería a partir de informes allá recibidos y cuando las secuelas de la catástrofe debían seguir perennes en la vida cotidiana de la ciudad, no sin dejar de adobar el relato añadiendo haber oído la deflagración al encontrarse en Santiago del Estero, lo cual parece, como mínimo, dudoso; o saber que las cenizas llegaron volando hasta la localidad de Sonsonate (El Salvador), noticia que precisaba tiempo e informadores. Sin embargo, refiere el suceso con la mano firme del testigo y el desenfado de quien da por segura la ausencia de contradictores. Aunque Ocaña carecía de móviles para mentir en detalles menudos de este jaez, también es cierto que magnificar los desastres naturales, los riesgos y las privaciones contribuía a resaltar su propio papel, a enmarcar en un teatro de peligros las tareas recaudadoras, el verdadero motivo del viaje.

Las buenas descripciones naturales de Chile, precisas y detalladas, reflejan la belleza de los paisajes, la fertilidad del suelo y la

variadísima producción agrícola del momento: maíz, papas, porotos, trigo, uva, cebada, olivos, “ganado ovejuno de Castilla y de la tierra”, con puntual referencia de las cantidades y proporciones producidas. Aunque no dedica muchas páginas a Chile, la información es concreta y rotunda, con el argumento sólido de quien recorrió hasta Osorno y Chiloé el país de cabo a rabo, viéndose envuelto en la sublevación indígena y por la cual hubo de cruzar la Cordillera, casi sin mochila y aterido de frío. Y a partir de ahí (“al fin dimos en tierra del Tucumán y Paraguay”) su desinterés por las nuevas tierras, en las que no había metales y por tanto limosnas, no sólo le impele a cruzarlas a toda velocidad sino a abominar de cuanto en ellas vio, mostrando en las páginas correspondientes una vaga y confusísima noción geográfica —no nos referimos, claro está, a que el “Paraguay” de la época llegase hasta Santa Fe, o a que “el Tucumán” abarcase a gran parte de la Argentina actual— sin detalles ni referencias de topónimos apenas, ni precisiones locales de ningún tipo más allá de espantarse por la condición de las mujeres (nada nuevo, en realidad, en las Indias), de las víboras o las moscas, repugnantes y dañinas (pp. 141-142); vaguedades, de hecho, pues la sorpresa, temor o disgusto por los animales salvajes es una constante en los cronistas y viajeros y, desde luego, en toda la obra; recordamos con especial gusto la excelente descripción y relato de las andanzas de los caimanes en Panamá o, en el mismo país, de los micos que cruzan ríos agarrándose en cadena los unos a los otros (en el río Chagre), idéntica noticia recogida por el Inca Garcilaso y con el mismo colofón: “Dicen los indios que los monos saben hablar y que encubren el habla a los españoles porque no les hagan sacar oro y plata”,⁷ coincidencia un tanto sospechosa, pues suena a chiste generalizado y, en todo caso, a anécdota no vivida en primera persona, aunque Ocaña asegure que “un indio que había bajado de Paita y él de verlos más espantado que yo, me dijo: Padre, éstos son gente, sino que no quieren hablar porque el viracocha, que quiere decir el español, no los haga trabajar”.

La capacidad observadora del fraile se fija, como es lógico, en lo grande y llamativo, en los restos espectaculares, pero también en hábitos cotidianos y formas de trabajo que exigían reflexión y, sobre todo, tiempo. De lo primero tenemos varios ejemplos, así cuando habla de los enterramientos de huesos de “gigantes”, de cinco varas de alto, entre Córdoba y Santiago del Estero o en Tiahuanaco, uno de los temas preferidos y recurrentes de las fantasías de la sociedad de con-

⁷ *Comentarios reales*, Madrid, CSS, BAE, 1960, 1ª parte, p. 318, vol. 2.

quistadores, está cumpliendo con una ficción que atrajo la atención de los contemporáneos, ya abordada entre otros, por Cabeza de Vaca y Cieza de León, a quien sigue el Inca Garcilaso,⁸ corroborando su búsqueda esporádica de menciones grandiosas al traer a colación recuerdos histórico-legendarios: “Con la grandeza de las piedras de estos edificios puedencallar y quedan muy atrás lo que las historias cuentan de las pirámides de Egipto”. ¿Qué idea podía tener Ocaña, en realidad, de las Pirámides? Y en esa búsqueda mítica, no faltan llamadas a la fantasía de lo sobrenatural e inexplicable, rozando casi con el mundo mágico; así, cerca de Sacsahuamán, nos refiere la historia de “piedra cansada”, que no quiso continuar adelante y allí quedó plantada, contra los intentos, baldíos, de los indios por moverla. Misma leyenda que relata Ibn Battuta en el Alto Egipto, aunque en su caso el objeto que decide permanecer en un lugar (Manfalut) sea un almirib.⁹

Su curiosidad por prácticas peregrinas es permanente, así cuando detalla la antigua técnica indígena peruana de plantar la simiente de maíz en una cabeza de anchoveta para que ésta, al atraer la escasa humedad ambiental, beneficie la germinación y desarrollo de la planta; o nos informa del gran consumo de pescado de los indios de Buenos Aires, Paraguay, Santiago del Estero etc., dato que debemos dar por bueno (en ese momento y referido a los aborígenes) pero que contrasta con las informaciones de Azara, casi dos siglos más tarde, sobre el rechazo del pescado por parte de los criollos.

Personalidad

SIEMPRE es arriesgado colegir la personalidad humana de un escritor a través de sus obras, máxime si sólo se dispone como base de un texto. De todos modos, puede afirmarse, y la crítica literaria así lo acepta, que la mentalidad del autor, así como su interacción con la sociedad que le rodea, ya la niegue o ya la refrende con sus escritos, es parte inextricable del conjunto de una obra literaria. No siempre es fácil identificar los elementos biográficos, ideológicos etc., de un escritor de ficción, pero si el texto se mueve en el terreno de lo real —y una relación de viaje normalmente está inserta en esta línea— debemos acreditar veracidad a las declaraciones, a los gustos, a las quejas, a las vanaglorias o nostalgias que de continuo asoman en las páginas de Ocaña. No sólo no recata sus sentimientos y zozobras, sino que forman parte de su

⁸ *Ibid.*, 1ª parte, vol. 2, p. 345

⁹ Ibn Battuta, *A través del Islam*, traducción y notas de Serafin Fanjul, Madrid, Alianza, 1987, p. 145

discurso argumentativo, según cuanto más arriba señalábamos: compone su crónica para revalorizar sus sufrimientos, para extraer de ellos la máxima utilidad personal a los ojos de sus hermanos de religión, los destinatarios del escrito. De ahí su ingenua sorpresa al relatar cómo en las Indias la subversión social y moral —que le afecta desde el primer instante— se patentiza a cada paso y constituye el reverso del orden habitual en la España de la época, aspecto éste permanentemente suscitado por eclesiásticos y seculares y en distintas etapas del periodo colonial, pero dejemos a Ocaña esbozar la cuestión: “Y así como acá son los tiempos al revés de España, que los criados y los mozos de los conventos son mujeres, para que todo ande conforme con el tiempo. Y así no digo más acerca de esto, aunque habría materia para decir mucho” (p. 38). No obstante, ese inicial escándalo por la libertad de costumbres de frailes, gentes de todos los pelajes —y sobre todo mujeres, indias, criollas y españolas— es nota recurrente en toda la obra. Pero no creo debamos extrapolar sus comentarios juzgándolos a la luz de nuestros hábitos contemporáneos, sino más bien disfrutar con las divertidas anécdotas que los provocan (p. 37): un fraile manchego de 1600, con la Contrarreforma en toda su virulencia pesando sobre sus juicios y reacciones y, *a fortiori*, escribiendo para compañeros de oficio que —al menos de labios para afuera— habrían de concordar con sus opiniones. Exagera, tal vez, su fortaleza de resistencia contra la carne, pero tampoco hay por qué imaginar que inventa o se excede en poses hipócritas. Si bien se hace lenguas del carácter limpio y ordenado de las criollas, no ahorra dicerios para limeñas o panameñas, por atrevidas: “No visité a ninguna aunque fui molestado de mujeres muy principales; pero éstas son las peores y cuanta más hacienda tienen tanto más vicio procuran ellas”; ni mide mucho la pluma al traslucir, incluso en sus pudibundas condenas, una cierta morosidad descriptiva (si no paladinamente morbosa) prueba de que tan insensible no era a los arrebatos de la carne: “Me pareció este traje más lascivo que el de las moriscas de Granada, que pintan hasta la media pierna; que al fin aquéllas están cubiertas con ropa y estotras andan desnudas con unas carnes como un alabastro; y cuando van andando con un paso tan menudito que parece que van bailando la zarabanda” (p. 173).

Y si muestra su horror por las mujeres de carne y hueso no se recata en contraponer sus trabajos, sometido al hambre, el frío, la nieve, cansancio etc., con su añoranza por la buena vida material de que disfrutara en Guadalupe. Ocaña, buen vividor y bebedor, explaya sus nostalgias:

¡Cuán diferentes estarán nuestros hermanos hoy en la casa de Guadalupe y qué contentos! [...] me harté de llorar acordándome del mucho regalo que los frailes día tienen (p. 57). Como se había criado con aquella abundancia de la hospedería de nuestra casa, me regaló mucho [...] y dióme, la noche que llegué, muy buena cena; y otro día almuerzo, con tanta abundancia de manjares que yo satisfací aquí el hambre que había pasado antes (p. 72) etcétera.

Los ejemplos son numerosos y por tanto no parece oportuno insistir: sólo recordar que ni en la Cuaresma de Lima disimula su gozo por lo “regalada” que es, con “abundancia de pescados, frutas, dulces, turrones, melcochas, leche y natas, mosquetes y bizcochos, aceitunas y otras mil cosas apetitosas” (p. 100). Sabemos, pues, que fray Diego se resarcía en la mesa de otras carencias naturales y a ello aún podemos agregar una cierta retranca campesina, socarronería que sin duda sirvió de modelo a Cervantes para trazar el retrato de Sancho: prudencia que salva de peligros y reconocimiento humilde, pero práctico, de las propias insuficiencias (“propuse de no pasar a caballo pasos semejantes, teniendo mejor que dijese aquí se apeó el monje de San Jerónimo, que no dar ocasión a que digan aquí cayó”, p. 80).

Sin embargo, el eje central de su misión y a nuestro juicio— de la personalidad que demuestra es la búsqueda constante de dinero. En su descargo es preciso admitir que ése fue precisamente el cometido que se le asignó, de recaudador de limosnas y, más aún, que la crudeza de las penalidades exacerbaría no poco su voracidad monetaria o sus ansias de llenar tripas. También cabe aducir que resaltar su pobreza y estrecheces magnificaría los resultados económicos del viaje por la cuantía de los fondos enviados a España, en algún caso notables; pero gracias a su espíritu obsesionado por los ducados sabemos el precio de los artículos de consumo en diversos lugares, si bien sea poco edificante su consternación por los gastos en médico, boticario y gallinas dedicados a atender a su compañero enfermo en Panamá apenas desembarcó. Su interés por el peso de las barras de plata o por desplegar arrumacos varios para engatusar a un cura que le convida (p. 63) entran de lleno en las buenas páginas de la picaresca del momento. Diríase que Guzmán de Alfarache o el Lazarillo se hubieran transmutado en jerónimo y decidido pasar a Indias, mismo rumbo que anuncia el Buscón de Quevedo al final de sus andanzas. Ignoro si Ocaña era consciente de estar asumiendo el protagonismo de un modelo literario, pero en cualquier caso, la referencia es obligada, así como la obvedad de que Cervantes, Alemán o Quevedo estaban reflejando en sus obras

actos, pensamientos y personas que veían a diario, uno de ellos Ocaña, con todo derecho.

Como indicábamos más arriba, cruza “Tucumán” y Paraguay a uña de caballo porque “lo que es comida, hay en esta tierra en mucha abundancia, pero otras cosas de plata y oro no hay cosa ninguna”. Su rigor en la cuestión debía de ser mucho: “Tuve el día de San Juan en el tambo de las sepulturas, donde nos quedamos todos sin misa por no haber recaudado para decirla” (p. 196) aunque en su descargo acudan las prácticas habituales entre los curas católicos, de entonces y ahora, y que el mismo Ocaña sufrió: “Llevóme el cura, de derechos por acompañar con la cruz, treinta y nueve pesos de plata corriente, que me dejó sin un real” (a la muerte de su compañero, p. 58). El forcejeo entre clero secular, órdenes religiosas, funcionarios y aficionados locales por alzarse a las buenas o las peores con las limosnas debía revestir en las Indias caracteres tragicómicos y de ello da cumplida noticia Ocaña: “Y con esto les quité las limosnas, que era lo que yo pretendía; de manera que todos los días anda un hombre por las calles y casas pidiendo para nuestra Sra. de Guadalupe y lo que se recoge se entrega a los mayor-domos para que se junte para Castilla”. De ahí también su parsimonia para pintar y repartir imágenes de la Virgen y su cuidado por asegurar el destino de las donaciones: “Con esta ocasión quitar a la gente que no acudiesen a aquella casa con sus limosnas, sino a las que yo fundaba y a las imágenes que hacía [...] y la limosna que habían de dar acullá dánla acá” (p. 62). Esta revista breve y no exhaustiva de las declaraciones recaudatorias de Ocaña podría presentar características no poco sórdidas y, sin embargo, el tono desenfadado, natural y directo del autor las vuelve amables y pintorescas, tocando nuestra fibra sensible e incitándonos a indulgencia divertida. En definitiva, es la misma mentalidad deliciosamente cazurra que desde la infancia percibimos:

Se vas a San Benitiño,
non vaías ao de Paredes;
que é moito mais milagreiro
San Benitiño de Lérez.

Cantan en Pontevedra: todavía.

Valor documental: la sociedad peruana

PARECE casi una obviedad destacar el valor documental de la relación de Ocaña y, no obstante, quizás éste sea su aspecto más apreciable. Del

mismo modo que otros viajeros, en cualquier latitud y momento, Ocaña ocupa en detallar minuciosamente el componente técnico primordial del viaje: las distancias, los grados geográficos, indicaciones sobre orientación y condiciones de aguadas, alojamientos etc. Aunque este último capítulo no alcanza los pormenores de un Concolorcorvo, por recordar un solo caso: más bien deriva hacia lo literario-descriptivo, las vivencias personales sufridas en los diversos puntos del recorrido y las consideraciones útiles. La ciencia no es su fuerte, ni hace falta lo sea.

En otro orden de cosas, el testimonio *de visu* nos ilustra cumplidamente sobre las luces y sombras de la sociedad peruana, empezando por su base económica: el horror del trabajo en las minas. Sobre Huancavelica y su azogue se extiende con un relato vívido y no poco sobrecogedor: "Es este cerro un retrato del infierno [...] adonde ha muerto tanta multitud de indios que tiene ya muchos pueblos asolados". Aun ahorrando el pormenor menudo de los detalles, la conclusión global resulta inquietante, tanto por su propio contenido como por venir a coincidir con lo expresado por otros testigos: "El azogue consume muchos indios".¹⁰ La imagen de Potosí no es mucho mejor (pp. 179ss.)

Y los mineros hacen trabajar demasiado a los indios y no los dejan dormir de noche las horas que les tienen ordenadas; y como los miserables están de continuo allá dentro barroteando, ni saben cuándo amanece ni cuándo anochece. Y así pasa esta gente gran trabajo y mueren muchos indios de enfermedad, otros despeñados, otros ahogados y otros descalabrados de las piedras que caen y otros se quedan allá dentro enterrados.

Por sus informes conocemos que el minero debe pagar una indemnización a la familia por cada indio fallecido, y a continuación surge la inevitable picaresca de los españoles que intentan eludir el gasto con mañas diversas o con el ingenio expediente de encargar misas para que aparezcan vivos los trabajadores enterrados. Su sentencia ("no hay libra de plata que no cueste otra tanta sangre y sudor a los miserables de los indios, pues a costa de su sangre se saca lo que se beneficia", p. 180) podría figurar entre las mejores páginas de la *Leyenda Negra*, aunque debemos relativizar los hechos situándolos en su época y su contexto: las técnicas mineras de entonces, la utilización por los españoles de las prestaciones personales indígenas que eran costumbre anterior a la conquista, el intento —al menos oficial— de humanizar y suavizar la dureza del trabajo, las prácticas paralelas de otros

¹⁰ Reginaldo de Lizárraga, *Huancavelica*, Madrid, Historia 16, 1987, p. 252.

Europeos siempre que podían, incluso con sus mismos nacionales y en su propio país. Reflexiones necesarias pero que en nada rebajan el dramatismo del relato.

También como otros viajeros de todos los tiempos —y sabedor del interés que despiertan en los posibles lectores— detalla las producciones locales, agrícolas o pecuarias, con especial atención las frutas. Así pues, nos informa que en el Paraguay, en la lejana fecha de su paso, ya se producían toronjas, cidras, naranjas, limas, azúcar y vino, aunque podemos albergar dudas acerca de la calidad de este último y en todo caso en ese país la producción actual de alcohol se circunscribe a la caña paraguaya derivada del azúcar. La enumeración de los precios es el obligado colofón y nos declara, encandilado, la baratura de los productos en los Llanos peruanos, en especial los mercados a los indígenas (panes, pollos, gallinas, melones, cabritos, huevos).

La credibilidad de Ocaña al describir la sociedad que le rodea es casi total porque no le duelen prendas para criticar o censurar abiertamente en unas páginas a quienes ha defendido en otras. Dicho en términos populares: no se casa con nadie. Y si se duele de los sufrimientos de los indios en las minas, no se recata lo más mínimo para presentarlos con frecuencia de manera poco indulgente y hasta muy cruda. Seguramente el choque cultural y la tendencia a convertir en absolutos los juicios por la posición dominante en que se hallaba, desde la óptica de español ni siquiera acriollado, le impelen a manifestar opiniones durísimas sobre la higiene, los hábitos de trabajo o borracheras permanentes de los indios, hombres y mujeres: “Duermen como puercos unos junto a otros; y como de ordinario están borrachos y están todos revueltos, el padre conoce algunas veces a la hija y el hijo a la madre” (p. 169), “cuanto ganan en una semana se lo beben en un día y una noche. Porque en comida gastan muy poco; todo es beber, así los hombres como mujeres” (p. 168). Las expresiones de este jaez menudean por el texto y no insistiremos por no recargar de citas este comentario. Baste recordar que a los indios de Chile los tiene por “indios de razón y traza [...] y aunque son bárbaros no tienen las costumbres barbáricas y bestiales que tienen los del Paraguay” (p. 115), en tanto para él los más desaseados y repugnantes son los del Alto Perú (“estos indios del Callao son la gente más puerca y más sucia que hay en todos los reinos del Perú”, p. 198).

Estas opiniones, tan despectivas, son una manifestación más de las habituales entre las gentes pertenecientes a la “república de los espa-

¹¹*Huancavelica*, p. 241 (Perú), p. 414 (Santiago del Estero), p. 468 (Chile).

ños”, desde Lizárraga¹¹ hasta Cardiel, cuya visión negativa de la capacidad intelectual y moral de los indios¹² encaja a la perfección con tal estado de ánimo respecto a la sociedad indígena —no entramos en motivaciones ni en la exactitud, o no, de tales valoraciones— misma postura reflejada nada menos que por el Inca Garcilaso al hablar del pasado prehispánico: “Unos indios había poco mejores que bestias mansas y otros mucho peores que fieras bravas”.¹³

A los negros —cuyo número en Lima presenta muy hinchado (200 000 negros y muchas más negras, p. 95)— achaca prácticas comunes a indios y criollos (más a las mujeres que a los hombres, como es corriente) como la hechicería (pp. 97, 170) y, pese a no extenderse acerca de esta comunidad étnica, sus noticias reflejan la integración en la “república de los españoles”, igual que hacen otros.¹⁴

Como es natural, el grupo social al que dedica más atención es el de los españoles y criollos, comenzando por aludir a una preocupación recurrente en diversos autores: el problema de los hijos y nietos de los conquistadores que, ora por sus propias culpas y falta de previsión, ora por causa de las ordenanzas reales o de la llegada de nuevas generaciones de colonizadores, van siendo desplazados en el aparato de riqueza y poder del virreinato: “El día de hoy están con muchas necesidades (en Cuzco) por irse acabando los repartimientos; y hay muchos nietos de los conquistadores con más necesidad que otros” (p. 227), coincidiendo su visión con la del anónimo cronista recogido por I. Leonard (“los extremeños ganaron el Perú y los vizcaínos son ahora la gente más rica del Perú y los que tienen mejores cargos del rey”),¹⁵ y con la de Lizárraga (“merecen ellos más en venir [los chapetones], que los miserables conquistadores, pobladores, ni sus hijos e nietos, ni los que ayudan a sustentar este reino y lo han ayudado a sustentar de cincuenta años a esta parte”).¹⁶

A continuación, es llamativa la pésima catadura que adjudica a la móvil y maleada sociedad de soldados, tahúres, ganapanes, pícaros y mercachifles varios rodante y vagabunda entre los centros políticos y mineros del Perú: gentualla sin intenciones de trabajar y con mucho que presumir, el dinero como meta y escudo y la búsqueda de expedientes irregulares el camino para sobrevivir, incluido un rufianismo poco encubierto:

¹² J. Cardiel, *Las misiones del Paraguay*, Madrid, Historia 16, 1988, pp. 92 y 175

¹³ *Comentarios*, libro I, cap. IX, p. 19

¹⁴ Lizárraga, *Descripción del Perú*, p. 121

¹⁵ Irving A. Leonard, *Viajeros por la América Latina colonial*, México, FCE, 1992, p. 99

¹⁶ Lizárraga, *Descripción del Perú*, p. 329

Y éstos se sustentan del juego y de estar amancebados con negras ricas y con indias ricas, las cuales los sustentan de comida y de vestido; y ellos no entienden más que en pasear todo el día en el empedradillo de la plaza [. . .] la gente es mucha y todos soldados y sin oficios; no entienden sino el pasear y con muy poquita ocasión luego meten mano a las espadas y lo ordinario es por el juego y las mujeres (p. 174).

BIBLIOGRAFÍA

- Azara, Félix de, *Viajes por la América Meridional*, Madrid, Espasa-Calpe, 1969
- Buesa, Tomás, y José María Enguita, *Léxico del español de América su elemento patrimonial e indígena*, Madrid, MAPFRE, 1992.
- Cardiel, J., *Las misiones del Paraguay*, Madrid, Historia 16, 1988
- Concolorcorvo, *Lazarillo de ciegos caminantes*, Madrid, Editorial Nacional, 1980.
- Ibn Battuta, *A través del Islam*, traducción y notas de Serafín Fanjul, Madrid, Alianza, 1987.
- Leonard, Irving A., *Viajeros por la América Latina colonial*, México, FCE, 1992.
- Lizárraga, Reginaldo de, *Descripción del Perú, Tucumán. Río de la Plata y Chile*, Madrid, Historia 16, 1987.
- Ocaña, Diego de, *A través de la América del Sur*, Madrid, Historia 16, 1987